

En Carolina del Norte, alrededor de 1885, tuvo lugar un enfrentamiento armado entre colonos blancos y la última comunidad de indios que resistía al invasor ocultándose en las montañas. Impusieron su ley los primeros, capturando al jefe indio y colgándolo del árbol más cercano. Skyuka era su nombre. Se habló largo y tendido de aquella contienda, que con los años pasaría a conocerse como la batalla de Round Mountain. Una vez certificada esa nueva entrega del genocidio patrio, la compañía ferroviaria empezó a instalar una vía única para acometer el ascenso a las montañas y, a unos seis kilómetros y medio cuesta arriba, cerca de un vecindario llamado Landrum, construyeron una estación de paso para que los trenes que circularan en sentido opuesto pudieran desviarse y dejar paso al que ascendía. Junto a la vía se construyeron algunas viviendas para que los trabajadores ferroviarios se guarecieran durante el invierno. Luego empezaron a pensar en un nombre para este nuevo asentamiento.

Alguien sugirió Skyuka, nombre por el que atendía el cacique indio al que habían linchado años antes, pero a los pobladores de más edad no les acababa de convencer la idea de inmortalizar el recuerdo de un hombre al que habían colgado de un árbol, así que se decantaron por Tryon City, en un improvisado tributo al pico Tryon, que se elevaba junto a ellos. En 1891 se desprendieron de la grandilo-

cuente coetilla y, mutilación mediante, se contentaron con Tryon a secas, y así fue como se fundó mi ciudad natal.

Al otro lado de la frontera, en el condado de Chesney, Carolina del Sur, no muy lejos residía una india que había conseguido sobrevivir a aquella tragedia. Me refiero a mi tatarabuela, que había contraído matrimonio con un esclavo africano. Era el condado de Chesney territorio de plantaciones, por lo cual aquel tipo de enlace matrimonial se consideraba algo completamente natural. Lo más probable es que el hombre blanco a cuya generosidad debían su sustento hubiera participado en la matanza de Round Mountain. Tuvieron una hija, que nació esclava. También ella se casó con un esclavo y, a su vez, ella y su marido tuvieron un hijo, mi abuelo, por cuyas venas corría también la sangre de ambas etnias. En las viejas fotografías familiares luce una piel muy oscura, pero si se presta atención repara uno enseguida en el brillo de sus ojos indios al devolverte la mirada. Junto a él figura una mujer pequeña y de tez clara, mi abuela. También era de sangre mestiza: su madre era medio irlandesa, fruto de una asilvestrada relación en la plantación por cuyos detalles mi familia nunca mostró excesivo interés.

Su hija, mi madre, nació el 20 de noviembre de 1902. Aún vive y por sus venas corre sangre de muy diversa procedencia, proveniente de blancos que eran dueños de esclavos, de esclavos negros y también de los indios cuya población fue aniquilada para dejar sitio a las plantaciones y al ferrocarril.

De la familia de mi padre poco se sabe. Sus bisabuelos eran esclavos y su familia provenía de Pendleton, Carolina del Sur, a escasa distancia de Inman, donde se crió mi madre. Papá nació en 1899. Conoció a mi madre en 1917 y empezaron a cortejar en cuanto él le puso los ojos encima. Al menos, eso era lo que él me contaba cada vez que le preguntaba cómo se habían conocido. Cuando se produjo el encuentro papá era un artista de variedades que actuaba en los alrededores de Pendleton. Tocado con un traje blanco,

llevaba polainas y bailaba; también cantaba si se terciaba la cosa y se defendía con la armónica. Mamá le acompañaba al piano mientras él bailaba y cantaba, algo de lo que ella jamás nos habló a nosotros, sus retoños, porque, para cuando fuimos lo bastante mayores como para interesarnos en la historia de su noviazgo, ella se había convertido en pastora de una iglesia y había dejado atrás todo recuerdo de aquellas pecaminosas andanzas. El repertorio de mi padre, dicho sea de paso, no estaba compuesto precisamente por himnos eclesiásticos ni espirituales.

La opinión que tenían de mi padre los quince pastores de la familia más cercana de mi madre respecto de sus quehaceres laborales como artista de variedades nunca se transmitió a las generaciones posteriores, pero sí fue de su agrado el nombre al que atendía, John Divine Waymon, así bautizado en memoria de san Juan, autor del Libro de las Revelaciones. A mi madre la bautizaron Mary Kate; Mary en honor a la madre del Nazareno y Kate tal vez en recuerdo de su bisabuelo irlandés. Nunca me animé a preguntárselo.

En 1922 se casaron en Inman. Al año siguiente nacería mi hermano, John Irvine, y un año más tarde mi hermana, Lucille. Papá mantenía ocupada a mamá, quien un año después daría a luz mellizos, mis hermanos Carrol y Harold. Cuando apenas contaba seis semanas de vida, Harold contrajo meningitis. En aquellos tiempos bien poco podía hacerse con una enfermedad tan terrible como aquella y creíamos que Harold no lo superaría. Afortunadamente, no se lo llevó pero era demasiado pequeño para librar una batalla tan dura y parte de su cuerpo fue víctima de una parálisis. Cuando Harold creció la familia evocaba sus primeras semanas de vida como prueba inequívoca de su incombustible espíritu luchador. Tal vez eso se debiera a que él jamás le perdonó al mundo la ignominiosa dolencia que había padecido.

A excepción de aquel episodio, me atrevería a afirmar que fue una buena época para mis padres. Mamá se quedaba en casa criando a los niños y papá trabajaba en una plan-

ta de lavado en seco. Quiero decir que tenía, a la sazón, un empleo respetable. Era un hombre ingenioso. Pese a no haber disfrutado del privilegio de una buena educación, jamás cejó en su empeño para progresar. Fuera cual fuese el oficio al que se dedicara, se tomaba el tiempo necesario para aprenderlo con suma atención. Cuando ya se había familiarizado con todos los rudimentos de su cometido, se dedicaba a observar a los que estaban a su alrededor y, en poco tiempo, interiorizaba también los secretos del desempeño de sus labores. Y, lo que es igualmente importante, se hacía querer y respetar. Le daba lo mismo trabajar para un jefe blanco o uno negro, y se hacía respetar por igual en ambos casos. Nada se le resistía: era un peluquero preparado y capaz, conocía el negocio del lavado en seco como nadie y, al tiempo que se dedicaba a cualesquiera de esos oficios, hacía horas extra en una empresa de transportes.

A finales de los años veinte a mi familia le iba bien. Mi padre bien podría haberse sentido medianamente satisfecho, relajarse y pensar en lo mucho que había logrado en menos de diez años, pero aquello no iba con su manera de ser; no se conformaba con sobrevivir. Tampoco quería trabajar para ningún jefe, blanco, negro, azul o verde. Quería salir adelante por su cuenta y riesgo, y cuanto más reparaba en ello más se daba cuenta de que eso no le sería posible en Inman, Carolina del Sur. Estaba buscando nuevas oportunidades cuando mi madre quedó embarazada nuevamente. Eso no le impidió hacer lo que había decidido.

Una vez, cuando conducía camiones, papá transportó un cargamento a un pequeño pueblo que se encontraba a unos cincuenta kilómetros, en las montañas de Carolina del Norte. Allí hizo amistad con otro emprendedor de su raza y condición que llevaba tiempo trabajando en el proyecto para independizarse y formar su propia empresa de transportes. Especulaban sobre la viabilidad del proyecto cada vez que mi padre pasaba por allí, pero el problema era el dinero; con una familia que alimentar y otro bebé en

camino no podía disponer de lo que necesitaba para invertir en la empresa. Parecía que no sería más que otro de los sueños que ocupaban su mente cuando conducía camiones de noche, hasta que un día fue de nuevo a visitar a su amigo y quiso la fortuna que se enterara de que en aquel lugar hacía falta un nuevo peluquero.

Era la solución a su problema. Papá podía trabajar de peluquero y ayudar con los camiones el resto del tiempo. Cualquier ingreso adicional que le reportara la peluquería podría destinarlo a la empresa de transportes. Lo planeó en poco tiempo. Se quedó con el puesto de peluquero y la familia se mudó a Carolina del Norte. Mamá estaba embarazada de ocho meses, y no habían pasado ni un par de semanas en su nuevo hogar cuando dio a luz a mi hermana Dorothy, el 7 de marzo de 1929.

Aquel pequeño pueblo donde dimos con nuestros huesos era el Tryon del que os hablaba. Había cambiado mucho desde los tiempos de aquel primer asentamiento en torno a la vía férrea. Con el paso de los años se había vuelto popular como lugar de veraneo. Yacía a la sombra de lo que los locales llamaban montaña Hogback, que lo protegía de las inclemencias climáticas que lo acechaban, por lo que era fresco en verano y muy agradable en invierno. Los veranos en el Sur pueden ser más tórridos que los calderos del infierno, y los blancos venían de lugares tan lejanos como Florida para huir del calor y disfrutar de las principales atracciones del lugar: los caballos y el whisky ilegal de producción artesanal.

Mis padres eran muy felices. Papá estaba por fin trabajando por su cuenta y mamá tenía un nuevo hogar en el que instalarse. Los niños pasaban el tiempo explorando un mundo nuevo y desconocido de bosques y caballos. Pero había más: Tryon tenía una naturaleza propia y particular. En 1929 el pueblo tenía el típico aspecto de un enclave sureño de la época, pero su atractivo turístico se había desarrollado de una manera poco común. Curiosidad de curiosidades, la ciudad no tenía un gueto negro; había ido

expandiéndose en círculos concéntricos en los que residían negros o blancos. Y unos pocos negros, muy pocos, vivían muy cerca del centro, cerca de las zonas blancas. Se asemejaba a un tablero de damas, con zonas totalmente blancas y unos pocos cuadraditos negros.

La principal actividad del lugar consistía en atender las necesidades de los visitantes, así que en la vida cotidiana los pobladores negros y blancos se mezclaban todo el tiempo sin que a ello se le concediera la menor importancia. El asentamiento se extendía en torno a una especie de «L», uno de cuyos ejes era la calle principal. Allí mi padre tenía la peluquería y la empresa de lavado en seco. La mayoría de los clientes de esta última eran blancos, pero casi todos los que se cortaban el pelo en su barbería eran negros. Había otra peluquería en la calle principal, un poco más arriba, donde se rasuraban la cocotera los blancos. El tipo que regentaba el negocio también era negro aunque podría haber pasado por blanco, y como tal se le consideraba siempre que anduviera con un par de tijeras en la mano. Vivía cerca de la casa de mis padres, en la misma calle; cuando concluía la jornada laboral tornábase invariablemente más negro que el betún.

De todas maneras, en cuanto a las escuelas, los hoteles y los baños —es decir, todos los lugares donde la gente entra inevitablemente en contacto— Tryon era como cualquier otra ciudad sureña de la época: una comunidad segregada a todos los efectos. Aun así, como sus gentes estaban más entremezcladas de lo que se estilaba por aquel entonces, blancos y negros participaban juntos, sin solución de continuidad, en toda clase de actividades mucho antes de que se erradicara la segregación racial. A los lugareños les encantaba jugar constantemente al fútbol americano y los equipos de las escuelas blancas competían contra los de las escuelas negras. Otro tanto sucedía con el béisbol. Los pastores de las iglesias blancas y negras se reunían casi todos los días. Cada año había servicios eclesiásticos

especiales: un domingo, la congregación de una iglesia negra acudía a una iglesia blanca a realizar sus oficios, y a la semana siguiente la congregación blanca se sumaba al servicio parroquial de la iglesia negra.

Las relaciones entre ambas comunidades eran siempre muy cordiales. Dicho lo cual, ello no significa, ni mucho menos, que reinara la justicia racial en Tryon; no era más que un pueblo pequeño y tranquilo con un ayuntamiento cuya única función era asegurarse de que nada alterara la inviolable tranquilidad de los blancos.

Era habitual que hubiera bastante gente en la peluquería de papá, y el lavado en seco despegó. Pero él no había olvidado sus planes para la empresa de transportes y se puso a ello con su socio tan pronto como pudo. Tenía razón cuando pensaba que era lo más inteligente que podía hacer. Les llevaría poco más de un año hacerse con su propio camión, con el que hacían cuanto se les encomendaba por las noches y durante los fines de semana.

En aquel entonces mi familia vivía en una casa grande; tenía un tobogán en el jardín, una hamaca y un aro de baloncesto, y éramos una de las dos familias de la ciudad con una pista de tenis junto a la casa, por lo que siempre había otros niños jugando por allí. En 1930 mi padre ya se había convertido en un miembro respetado de la comunidad empresarial del pueblo, mamá había formado un buen hogar y mis hermanos y hermanas iban a la escuela y disfrutaban de una infancia feliz.

La vida social se desarrollaba principalmente en torno a la iglesia. Las más grandes de la ciudad eran la metodista y la baptista, seguidas de la episcopal. La última era la iglesia de la Santidad, los *holy-rollers*,* a quienes los demás desdénaban. Era una cuestión de puro clasismo, puesto que la congregación de la santidad provenía mayormente de la

* Término coloquial con que se designa a cristianos protestantes feligreses de las iglesias de santidad o pentecostales. (N. del T.)

parte más pobre del pueblo. De todas las iglesias, la de la santidad era la más integrada, porque la clase más baja de Tryon era racialmente mixta. En la calle donde vivíamos había una familia cuya madre, blanca, tenía hijos negros. Nadie hacía ningún comentario al respecto; esas cosas eran habituales entre los más pobres de los pobres.

Mi familia era metodista. Mi padre era diácono y mi madre, una *elder*, una de las «santas» que se vestían todas de blanco para las oraciones y que ayudaban al pastor a llevar la iglesia junto con los diáconos. En mi casa se seguían reglas muy estrictas: nunca había bebidas alcohólicas y no se toleraban las blasfemias. Era un hogar cristiano.

Pero entonces llegó la Depresión. Tryon era un pueblo de vacaciones, y lo primero que se abandona cuando el dinero escasea son lujos tan innecesarios como los viajes a la montaña. El comercio veraniego empezó a decaer y en el invierno de 1931 aquello ya parecía un pueblo fantasma. Más de la mitad de los lavados en seco que se hacían en la tienda de mi padre eran para los visitantes, y ese negocio se esfumó. Aunque mi padre y su socio despidieron a los chóferes que tenían, los encargos de transportes se redujeron cada vez más y ya no ganaban lo suficiente para pagar las cuotas del camión. Había unos pocos ahorros, pero pronto desaparecieron. Una mañana, mis hermanos miraron por la ventana de la parte delantera de la casa y el camión ya no estaba. Mi madre siempre había cuidado muy bien el jardín, sembraba verduras, enataba fruta y tenía algunas gallinas. Fue una bendición, porque aquel invierno no se murieron de hambre gracias a la horticuultura doméstica. Cuando llegó la Navidad de 1931 la peluquería, la tintorería de lavado en seco y el camión habían desaparecido. Mi padre estaba en la quiebra.

Mi madre jamás había trabajado fuera de casa, pero no tuvo más remedio que hacerlo. Papá aceptaba cualquier trabajo que le ofrecieran, pero la mayor parte del tiempo no conseguía nada. Mi madre empezó a limpiar ventanas en el

centro los sábados por la mañana y Carrol, que entonces tenía seis años, una vez la acompañó para ayudarla. Trabajó toda la mañana y luego volvió caminando junto a ella, llevando el cubo. Cuando llegaron a casa, Carrol corrió a esconderse en la parte trasera para que nadie lo viera llorar de vergüenza por ver a su madre trabajando así, a la vista de todos los que pasaban. Mamá no volvió a pedirle que la ayudara a limpiar ventanas. Cuando las cosas se pusieron realmente mal, el gobierno abrió un centro de ayuda donde las mujeres podían ir a coser uniformes del ejército por un par de dólares a la semana. Era el trabajo que por lo general se asignaba a los presos, pero así fue como mi familia sobrevivió a 1932.

Al año siguiente papá tuvo un golpe de suerte. El gobierno federal suministraba alimentos a los pobres a través de la Agencia Nacional de Ayuda, y los camiones para el reparto en nuestra zona salían de Tryon. Necesitaban chóferes de la zona y le ofrecieron un trabajo a mi padre. Aquello fue una bendición por partida doble: en primer lugar, mi padre volvía a disfrutar de un salario estable —aunque diminuto, era estable—, y en segundo lugar, tanto o más importante, mi padre cogía alimentos del almacén y los distribuía. No solo tenía la enorme ventaja de que los hombres del almacén recibían un poco de comida extra que llevar a sus hogares, sino que los chóferes crearon una red de personas que intercambiaban alimentos. Nuestro huerto era el orgullo de mis padres y papá cogía lo que nos sobraba (coles, habichuelas, tomates y a veces huevos) para intercambiarlo con otros que tenían más azúcar o harina, por ejemplo, que la que necesitaban. Él siempre se las arreglaba de una manera u otra, aunque el panorama debía de parecer bastante desolador a medida que se aproximaba la Navidad de 1932. Eran tiempos en los que había que apretarse los cinturones, tratar de sobrevivir como fuera y rogar por que se produjera un cambio en la dirección correcta. Y sí, estaba a punto de producirse un cambio aunque, con toda probabilidad, dudo